

El hombre y el absoluto en diálogo según el pensamiento de José Manzana

Por supuesto, una historia de la filosofía radical del siglo XX es el memorable recuerdo de su ausencia precipitada para justificar mis palabras. En el hueco íntimo del sentimentalismo individual no puedo exponerlas hacia fuera sin que pierdan parte de su significado. Es evidente que tendré que hablar desde una certeza que sólo se puede presentar con honestidad al hablar los ejemplos del afecto y de la admiración que me inspiraron. El vertiginoso momento de la memoria de José Manzana se pierde en el espacio de la memoria.

Voy a hablar, por tanto, de José Manzana por otras razones más objetivas, en un contexto real de dolor por su silencio y por el escaso recuerdo de su figura importante.

He de empezar por una afirmación que espero quede justificada y justificada después. Ahora sólo me importa el aserto puro para alentar el significado vivo de la presencia y también de la ausencia de José Manzana.

José Manzana fue un pensador minucioso, profundo y escrupuloso. Caminaba por el campo del hombre, —definición y principio— y luego a las sendas ásperas del hombre concreto en su circunstancia vital. Por eso José Manzana estaba preparado para convertirse en voz de orientación a este mundo y a esos hombres de rostros exactos, de perfiles con nombre y con historia. Después de profetizar su oráculo rabiamente intelectual y admirablemente concreto y sobrio la suerte que cabía a los que llevan un mensaje de verdad: se aflojaron sus palabras, se debilitó su fuerza y quisieron hablar de dudas su mensaje mismo. Cuando muchos volvían su rostro a sus labios de sabiduría, se nos fue como el rizo. Hemos de recoger el testigo

ANTONIO ORTIZ DE URBINA BASABE

D. Antonio Ortiz de Urbina Basabe presentó su trabajo de ingreso como Socio de Número de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, el día 27 de enero de 1982. Su intervención versó sobre «El hombre y el absoluto en diálogo según el pensamiento de José Manzana».

Presentó al nuevo Socio de Número el Amigo D. Joaquín Jiménez.

El presidente de la Comisión de Alava de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, impuso la medalla de la Sociedad a D. Antonio Ortiz de Urbina Basabe.

I

Amigos:

Son varias las razones que me obligan a hablar hoy y aquí de José Manzana, filósofo y amigo.

Por supuesto, no bastarían la razón radical del afecto ni el terrible recuerdo de su ausencia precipitada para justificar mis palabras. Además, las razones amasadas en el hueco íntimo del sentimiento individual no puedo exponerlas hacia fuera sin que pierdan para mí su significado poderoso. Es evidente que tendré que hablar *desde* esas certezas cordiales; pero pretenderé con honestidad deslindar los campos del afecto y de la aproximación al saber de Manzana, no sea que el vertiginoso contenido del mensaje de Manzana se pierda en el asedio de la amistad.

Voy a hablar, por tanto, de José Manzana por otras razones más objetivas, en un contexto real de dolor por su silencio y por el escaso recuerdo de su figura importante.

He de empezar por una afirmación que espero quede clarificada y justificada después. Ahora sólo me importa el aserto puro para afrontar el significado vivo de la presencia y también de la ausencia de José Manzana.

José Manzana fue un pensador minucioso, profundo y comprometido. Caminaba por el campo del hombre, —definición y principio—, y bajaba a las sendas abiertas del hombre concreto en su circunstancia vital. Por ello José Manzana estaba preparado para convertirse en voz de orientación a este pueblo y a estos hombres de rostros exactos, de perfiles con nombre y con historia... Empezó a profetizar su oráculo rabiosamente intelectual y admirablemente concreto y sufrió la suerte que califica a los que llevan un mensaje de verdad: se silenció su palabra, se disimuló su fuerza y quisieron poblar de dudas su mensaje mismo... Cuando muchos volvían su rostro a sus labios de sabiduría, se nos fue como el rayo. Hemos de recoger el testigo

de su mensaje, remojado en sus escritos, encargado a sus amigos y reverdecido en el recuerdo activo de sus alumnos, para entregarlo a los hombres todos de su pueblo.

Hablo también de él, —traicionando la amistad activa del recuerdo por el ultrajante y pecador utilitarismo—, porque nos sirve su ejemplo para romper el maleficio de una «calumnia» que pesa sobre nosotros. Se nos ha llamado a nosotros, los vascos, hombre de la niebla y del misterio, y, con insulto de urgencia, «aventureros, puros comerciantes, técnicos sin horizonte, mudos de palabra, largos de acción y violentos»... Y se nos ha querido negar, por maligno influjo del tópico, las hondas calidades del espíritu en su más bella expresión humana: la del poeta y la del pensador...

No quiero, creedmelo, agriar mis palabras. No es ése mi estilo humano ni prestaría así un servicio real a José Manzana, puesto que traicionaría su pensamiento y su conducta testimonial, tan lejos de la acritud. Pero esta ignorancia dolosa desenfoca la valoración de este pueblo, al definirlo mal. Olvidan, —quieren olvidar—, a Unamuno, a Otero, a Celaya o a Aristi... a pesar de que su verso centellee como gritos de cristal y plata por el cielo de las letras. Los acusan, —¡con qué bárbara torpeza!—, de poetas lastrados por el substrato del euskara, en su expresión, o heridos por el complejo rural del hombre primario, vacío de lirismo y endulzado vagamente por un raro romanticismo sentimental y socialistoide.

El error de este discurrir superficial se propaga y lastimosamente quedan así clasificados, —como definitivos—, juicios de utilidad y valoraciones de urgencia.

Y algo así pasa en el terreno del pensamiento. Se ha hecho creer que este pueblo «adusto» producía especuladores del trabajo, transformadores habilidosos del hierro en herramientas o alquimistas sutiles que cambiaron el silencio de los montes opacos en chimeneas productoras de dinero... Y han querido olvidar taimadamente que este pueblo nuestro es una comunidad, poblada de poderosa fuerza interior, donde maduran los sueños y emergen las ideas. Un pueblo que se interroga sin cesar y vuelca sobre este mundo análisis poderosos sin medio a las respuestas... Un mundo donde, desde muchas perspectivas plurales, han pensado Baroja o Maeztu, Unamuno, Zaragüeta, Zubiri... ¡y Manzana!

No hacemos, desde luego, historia del pensamiento vasco, aunque algún día habrá que volver seriamente sobre él y señalar su importancia, para entender cosas que, siendo claras, algunos se empeñan en llenarlas de turbiedad oscura, como diversión o ataque.

Sólo quería aducir algunas de las razones que justifican el tema de mis palabras y centrar en una primera aproximación el sitio y la importancia de José Manzana, dentro del quehacer de un pueblo y desde el servicio de su propia aportación reflexiva...

II

Me parece extraño que todavía hoy tengamos que dibujar hasta el esquema fundamental de la biografía de José Manzana. En parte tuvo él la culpa de permanecer ignorado. No le interesó el relieve y huyó furiosamente de la fama. Creo que aun en este propósito se identificó sin vacilación con las sabias opciones que nutren a los más bellos pensadores de hoy, que buscan amasarse con el pueblo y permanecer inmediatos al corazón de la inmensa mayoría, como lo deseó expresamente Blas de Otero. Y es que, además, quien vivió, —como veremos—, con plena sinceridad la convicción de la intersubjetividad como elemento constructivo del yo personal ni puede ni sabe distanciarse, creando lejanías o relieves de diferencia.

No está fuera de lugar señalar también, en línea aparte, que además de compartir esta comunión con las corrientes humanistas de este tiempo, fue perfectamente humilde y ejerció como tal.

José Manzana nació el 11 de junio de 1928 y murió tristemente el 25 de junio de 1978 en un accidente de montaña en los Pirineos franceses. En este lapso de 50 años se desarrolló su espíritu, admirablemente agudo y deliciosamente humano.

Estudió en el Seminario de Vitoria, posteriormente se graduó en filosofía en Munich, explicó en Vitoria y Deusto y siguió con su ardua labor investigadora en Alemania... Creemos que, de momento, basta este esbozo de vida para ubicar algunos puntos de su pensamiento.

Y, sin embargo, quedaría totalmente desdibujado el perfil de su persona, —y seguramente la comprensión misma de su doctrina—, si no atendiésemos aún a subrayar en esta aproximación más inmediata algunas de las características más sobresalientes de su talante.

1.— Fue un anhelante, apasionado buscador de la verdad. Perseguía fatigosamente sus contornos y analizaba hasta el agotamiento sus posibles contenidos recónditos. Era hombre de ingenio agudo, de imaginación sorprendente y audaz; pero no se dejó arrastrar por esas fuerzas desatadas. Volvía, con escrúpulo inaudito, a repensar el camino recorrido, reexaminado los principios y las consecuencias de sus ideas personales.

Esta forma de ser se manifestaba de modo característico: se le escuchaba, cuando hilaba vertiginosamente consecuencias y más consecuencias de los principios que exponía; pero se le entendía cuando volvía pacientemente a consolidar cada aserto, limando asperezas de expresión y tratando de hallar la exactitud de los significantes y significados. (Permitidme que, desde este recuerdo, reviva la minuciosa exigencia con que a mí me «exprimía» para corregir el horrendo bosque de las

«comas». Explicativas, especificativas, causales... los matices le parecían fundamentales y escribirlos correctamente le parecía imprescindible).

2.— Fue un hombre que descendió de las nubes de la abstracción hasta la sangre real del hombre... Recuerdo cómo un día llegó a mi casa ilusionado con la «Antología rota» de León Felipe. Acababa de descubrir al gran poeta errante: «Fíjate cómo bajan los poetas a la tierra, me decía. Y aprende» (Aun conservo aquel mismo ejemplar que a él lo conmovió tanto). ¡Y esto me lo decía quien andaba día y noche «dialogando» con las elaboraciones del idealismo en sus más perturbadoras y laberínticas razones! Pero, efectivamente igual que los hombres de nuestro tiempo se decidió a bajar a la calle donde desvariaba el hombre o donde podían ser atropellados los derechos de los humanos. Allí batallaba con la dialéctica y con el testimonio, sin temer riesgos ni calcular consecuencias.

(Aunque no es éste el sitio lógico para exponerlo, si me parece pedagógico anotar aquí que esta experiencia del «fundirse con el nosotros» entra como postulado filosófico de toda reflexión a partir de Hegel. Seguramente tiene raíces más viejas y hondas, en la entraña misma de la revelación cristiana y, —de modo connatural—, parece convertirse en experiencia habitual de todos los espíritus inquietos modernos... Así hemos de anotar una explícita afirmación de esta doctrina en los escritores, poetas y pensadores, que abandonaron sistemáticamente el «enciellamiento» letal del puro yo con sus distanciamientos ególatras y pasaron a militar en las amplias filas del «nosotros» con muy diversas opciones. Sin especificar nombres, escuelas, estilos ni sistemas parece importante tenerlo en cuenta para entender y razonar, sin horizontes escuetos o pérfidamente partidistas, una corriente «societaria» de gran dimensión y de ambición profundamente humana).

3.— Y fue fundamentalmente un defensor enfebrecido de la libertad. Los sistemas de opresión le rompían la paz. (Más tarde volveremos a insistir en este aspecto) Vivía en acecho perpetuo, vigilando a los enemigos de esa libertad, constitutivo radical del ser humano, como persona, y, por ello, valor absoluto e irrenunciable.

Este será uno de los temas que ocupará, de modo fundamental, su meditación sobre el hombre. Pero era algo más que un asunto escolar: lo conducía con implicación anhelante. El hombre o era libre o no era hombre. Y, en todo caso, no se trataba de una libertad limitada por voluntad de nadie. Si era esencia misma de la definición humana, nadie podía recortar sus perfiles sin limar el rostro del hombre desfigurándolo y, en los casos de mayor opresión, sin asesinarlo. De ahí su radical, rabiosa, airada postura de enfrentamiento interior a los sistemas políticos que pretendían reconducir o domesticar al hombre en nombre de «cualquier razón» entendida como superior al hombre mismo. Nada sobre el hombre libre y colocado en la cima de lo

real como un absoluto... Es el grave concepto que significará desasimiento, independencia, punto de arranque, último sentido, causa de lo otro, ya que *desde* el hombre cobra sentido y perspectiva de valor «lo otro» que no es el hombre.

(Lo recuerdo, todavía hoy, perdido en la calle de San Francisco, cerca del «Resbaladero»... Se trataba de una de aquellas manifestaciones espaciadas y ruda-mente frenadas de antes del 75. No me interesa ahora recordar el porqué de aquella manifestación concreta. El llegó de Bilbao para echarse a la calle, aunque él, por respeto al hombre plural, no tenía una militancia definida. Estaba sólo, quería estar en el lado del hombre, cuando era deshumanizado por los golpes violentos de quienes querían manipularlo o pensar por él... Y lo recuerdo perdido, roto, equivocado, tembloroso y triste. Había contemplado al hombre atacado, atacando, enfrentado, dolorido y deshumanizado y temblaba, aturdido estrepitosamente de hastío, de impotencia y de rabia. Yo lo recogí en el coche. Tomamos café y habló, hablamos; pero sobre todo, habló él, definiendo al fascismo, a Hitler... para acabar, como tantas veces, en Heidegger y en su triste y vieja quiebra que purgó tan duramente...).

4.— Hemos de hablar, aunque sea durante un momento, de otra faceta suya: su indeclinable «quehacer-oficio» de servir al hombre. No es un matiz de consecuencia de lo que hemos dicho, porque estamos queriendo represar la imagen de su espíritu bello y este oficio, dedicación y servicio, era en él completo. (En la intimidad de una conversación cercana podríamos enumerar datos escalofriantes de servicio, transidos de una convicción plena que los acerca a una consideración de normalidad, cuando roza los perfiles de lo heróico...) De dos fuentes esenciales le llegaba el agua de esta postura y de este «compromiso»: de su convicción más profunda y de su innata bondad.

El hombre, —él lo sabía *así*—, se erigía ante sus ojos con la grandeza encumbrada de un Dios, rostro vivo de lo absoluto y condición de mi propia existencia personal. Jamás, ya lo veremos, podría usar y menos abusar del hombre. Sólo cabía servirle con respeto y adorarlo, afirmando su grandeza, abierto con temblor a ella y esperando su respuesta...

Pero, Manzana, era, además, como Machado, «en el buen sentido de la palabra, bueno»... De una bondad maciza, jugosa, con infinita capacidad para querer y con ganas de ser querido, mereciendo revivir una amistad noble que por su parte jamás fallaba, porque era fiel hasta el ridículo, —si no es una grosería hablar así de lo más sagrado—, He conocido a pocos que aceptasen con tan perfecta naturalidad todas las consecuencias del afecto y de la inter-relación humana.

Creo que es suficiente. He de parar las palabras, cuando empiezan a desbocarse en la recreación hermosa desde el recuerdo. De algún modo tenemos ya cercano,

en la lejanía de su ausencia, el porqué de su presencia aquí esta noche, en los breves, esquemáticos trazos acerca de su persona y de su significado... Vamos a tenerlo así durante un instante para escuchar, juntos, algún punto de su pensamiento.

III

No vamos a exponer todo lo que nos dijo Manzana. No temáis. Probablemente, además, lo haría mal y, en ese caso, lamentaría hasta el agotamiento que una exposición tediosa convirtiese en «tabú inaccesible» unas líneas y unos contenidos de pensamiento a los que hemos de volver durante mucho tiempo en peregrinación imprescindible y reverente.

Por otro lado, tratar de exponer en unos minutos el constitutivo intelectual de su existencia, tan rica, supone un engreimiento en el que yo no quiero caer o una irresponsabilidad de la que quiero huir.

En el transfondo de la elaboración mental de Manzana latían inquietudes concretas, intuiciones larvadas y una irreductible decisión de búsqueda. Estos elementos de su «biología espiritual» tomaron configuración de cuerpo sólido lentamente en él.

Algunos, —él mismo a ratos—, quisieron resumir el hondo mar de su inquietud en la formidable anchura de las aporías kantianas. No es decir mucho, por decirlo todo. Evidentemente ahí está resumido, en interrogación directa y con formidable acierto, todo lo que el hombre, —cualquier hombre,— busca con conciencia refleja o con puro empuje instintivo.

—«¿Qué puedo saber?» (algo que presupone el hambre por la respuesta. El hombre contemplativo mira al mundo y se autocontempla en interrogación activa... Los espíritus más nobles ahondan más, colocan en tensión tanto la posibilidad de saber, cuanto el valor del conocimiento mismo y la amplitud y consistencia de los «resultados». Pero, además, comprenden que el saber es algo más que una comprensión aséptica o un ejercicio del puro entendimiento logizante... Es un saber de paladeo, de transparencia, de aparición gloriosa y extensiva del ser y de lo que «soy-somos»).

—«¿Qué debo hacer?» (Porque no es saber de conocimiento o de sabios, sino que me conduce directamente a un modo de operar que, en el sentido más pleno, me libera de los condicionamientos gravosos de la naturaleza y me llena de dignidad responsable. El saber se convierte en ética y se torna vinculante en los cielos de mi propia conciencia comprensiva).

«¿Qué me cabe esperar?» (Pero en este tumultuoso conocer-acción ética, no me quedo solo. Con el otro busco y en el otro apoyo el valor de mi decisión y la seguridad de mi verdad, que ya es más mía por no ser exclusiva). (Este punto en Manzana aparecía inquietante, difícil, a veces, terrible, pero iba colmado de urgencias y apuntando directamente a un «nosotros», donde la soledad humana, acompañada de los demás «tus» se llena de esperanza...).

Y así, en la vivencia de las célebres aporías, definitivamente se vuelca su indagación hacia la última gran cuestión que engloba a todas como tema único, al convertirse en su dimensión auténtica, en razón excluyente de las demás:

—«¿Qué es el hombre?».

Ya estamos en el centro del gran turbión arrebatado que llenó de fuerza el discurrir de Manzana. Vamos a recorrer con mayor detalle este momento único.

En lo más hondo del planteamiento José Manzana no confiaba tanto en los asaberes acumulados, sino en el saber del sujeto en vivencia inmediata de sí mismo. Manzana quería que este momento único de saber se comprendiese bien. Y agotaba los recursos para explicar el «re-plegue» re-flexivo, cuando el sujeto se pone a sí mismo en cuestión... (Yo le oí «acusar» a él cómo los grandes idealistas alemanes, singularmente Hegel, buscaron los datos mínimos, los detalles totales de las cosas, sobre todo, en la materia política de la Revolución francesa... Y cómo el dato no ha de herir la teoría... Los idealistas lo hicieron bien: buscaron el dato, fraguaron la idea y desde ella iluminaron el dato... En este sentido él quería prescindir de las grandes cosechas de erudición en este instante para llegarse pobre y sin nada, a ese momento milagroso en que el sujeto, desde nada, —sólo desde sí—, se pone en cuestión, se contempla y se repliega...) Pero pronto ha de salir de la autocomplacencia solipsista al distinguir el sujeto y su actuación-vivencia, al querer fundamentar lo que DEBO HACER... Veremos luego, brevemente, la transcendencia que Manzana otorgó a esta cuestión.

(Cuando murió había tomado ya una decisión sorprendente. Quería trabajar precisamente en esto (la obra de mi vida, decía parodiando levemente a otra clase de «obra»): «Escribir la fundamentación ética como deber absoluto, sin condiciones». Casi había quemado sus naves, para evitar el retorno. Se marchaba, aun físicamente, del ruido. Iba a un caserío de la zona de Llodio para vivir de sus manos y elaborar el cuerpo de doctrina más ambicioso, para el que se había preparado tanto... Por ahí discurría su posible esperanza. Y, definitivamente, se abría a la eterna gran cuestión-que para Manzana se había convertido en razón de ser y en motivación eterna de agotadora búsqueda. Ya lo hemos oído antes; pero es importante que nos resuene el eco de su búsqueda anhelante: ¿Qué es el hombre?).

La cuestión hacia la que converge su investigación sólo es formalmente terminativa, porque fundamentalmente se permeabiliza por todo su ser y es el marco de su maravillosa aventura intelectual.

Ciertamente el planteamiento mismo de las preguntas mantiene significados diversos, según en qué contexto mental se formulen. Pero cualquiera que sea su explicitación ulterior perspectiviza un modo de análisis concreto, que obedece a un latido poderoso de modo de permanencia en el existir.

En una formulación más antigua pero igualmente actual, nos serviría la confesión desconcertada del poderoso Agustín de Hipona: *Factus eram mihi magna quaestio...* Yo me había convertido en un grave problema para mí mismo. Esta célebre frase de San Agustín rasga la desnudez de sus confesiones con terrible angustia. Tanto Manzana, como muchos otros, la oímos repetir incesantemente a D. Urbano Gil Ortega, primer gran maestro de Manzana e inductor del veneno de la filosofía en nuestro amigo.

(Perdonadme: si en un discurso pudiese hablar a pie de página, haría una llamada para leer en otra línea. Pero estoy hablando y necesito salirme del orden y caminar por una pequeña digresión... de justicia. Estoy hablando, —y con qué ganas devotas!—, de José Manzana. Y, a lo mejor, el fervor de mi afecto puede producir una equivocación en vosotros. Podéis creer que Manzana fue un extraño fruto raro producido, por milagro, en el desierto alavés. No. Aquí hervían muchos cabos de inquietud. Y concretamente Manzana recibió el testigo de los beneméritos profesores Urbano Gil Ortega y Gregorio Rodríguez de Yurre. Estos le abrieron el hambre y le dieron el primer gran bocado de doctrina, mientras que ellos, a su vez, empalmban con el desvelo antiguo de hombres nunca olvidados como Barandiarán o Aravio-Torre. Quería consignarlo aquí, porque es necesario recoger datos que van volando hasta perderse en el silencio o en el olvido... No es momento de valorar lo que esas personas son o supusieron en sí mismas. Pero sí es imprescindible anotar sus nombres. Y desde el tema que nos ocupa aceptar gratamente la presencia de su magisterio, todavía vivo...

Añadiría anécdotas que vendrían a dar mayor cuerpo a esta obligada digresión... Pero no quiero que se pierda la línea de reflexión por más tiempo. Vuelvo al redil del esquema, pidiendo disculpas por este vicio de «incontinencia digresiva» en el que caigo tan adrede).

Y en doble sentido captó Manzana la problematicidad del hombre: en el suyo propio, dentro del ámbito de su propia conciencia y de su intransferible individualidad (tan crudamente examinada por él como el «objeto humano» más inmediato que poseía para campo de reflexión) y en el sentido universal del hombre, nacido y

desenvuelto en tensión de búsqueda irrenunciable de su propio ser en toda la dimensión posible de su razón y de su sentido.

Porque de un salto podemos ya atisbar, —y casi sintetizar—, el eje de preocupaciones que fue marcando el pensamiento de Manzana.

Lo hemos repetido ocasionalmente a lo largo de estas palabras. Pero tal vez podríamos condensarlo en este aspecto, del que levemente trataremos de entrever su planteamiento: tratamos de perseguir, pues, y durante un momento, su esfuerzo hercúleo por clarificar la relación posible entre el Absoluto divino y lo humano adherido al mundo.

Así de sencillo en su afirmación escueta; pero así de profundo en su articulación total y en el enfrentamiento con sus tremendas consecuencias.

IV

José Manzana mantuvo siempre erguida la gran cuestión del hombre y la poderosa realidad del Absoluto en mutua apertura dialógica. Pero trató de hundir bien los cimientos de su discurso para afrontar el gravísimo problema con entereza y honradez seguras. Creo que llegó escrupulosamente a los límites de lo posible y empleó por sinceridad total, excesivo tiempo en hallar todos los cabos de tradición del pensamiento humano.

Así bebió de los griegos, remojando su alma en Platón, en Aristóteles y en Plotino... Llegó a Grecia, caminando no sólo por los libros, sino que quiso respirar el aire «geográfico» de la cuna de la filosofía. Allí anduvo preguntando por el solar de la «Academia». Se fue al Olimpo, tal vez buscando el zureo de las musas y la risa helada de los dioses viejos. Y allí, incluso, en la patria clásica, escribió con frenesí nietzscheano su única novela, de la que sólo conservamos el título: «La verdad os hará libres...» En cuanto la terminó, de un largo trazo nervioso, se levantó y la arrojó al mar. Era algo más que un gesto histriónico. Allí él había pensado mucho, escribió y dejó el trallazo de su revelación para continuar moderándolo con caricia y esfuerzo titánicos...

Estrujó, después, a Descartes... No puedo ni siquiera por parecer erudito, exponer el extraordinario estudio que dedica al «racionalista» francés, explicando acertadamente el conocido aforismo «cogito, ergo sum»... Nos desentraña bien la elaboración mental de Descartes: no fue tan simple el eje sobre el que giró la elaboración del discurso: «pienso, luego existo...» Más bien, Descartes, según muestra Manzana, pensó de modo más audaz en un formidable salto, Cogito... ergo Deus existit... Si pienso es que existe Dios.

Y se embarcó en Kant... No sólo porque hubiese escrito sobre él su magnífica tesis, sino que, incluso a Kant le debía el saber alemán. El mismo contaba cómo se halló, al principio, perdido en la universidad alemana, con su idioma de gramática y lectura, traducida continuamente a la estructura mental castellana. Habló asustado con un profesor, que le ofreció una solución de emergencia: «Lea la Crítica de la razón pura», de Kant y no pase sin entender todo». Le costó tres largos meses de trabajo tenaz y exclusivo; pero, al fin de aquella lectura tan poco hospitalaria, sabía alemán...

Se convirtió en gran especialista del idealismo... Y pasó a convertirse en el hombre más entendido en Fichte... Por ello se le había encomendado la publicación crítica de las obras del formidable pensador, Fichte, y ya se había publicado algún volumen, cuando nos sorprendió con su muerte... Estudió con atención desvelada y con sumo tiento la filosofía cercana desde Nietzsche a Heidegger, Jaspers, Sartre o Mounier... Hundió su mente a la vez, en el vértigo de Freud y preparó unos seminarios de máxima tensión, recogiendo el mensaje del médico vienés. Por fin, buceó con esmero y con detallado esfuerzo en Marx y en el contexto histórico en que floreció su personalidad de pensador y de crítico social...

Pudo perderse el talento creador en tanta maraña erudita. Pero no fue así por fortuna. Yo, personalmente, tuve miedo en que se convirtiese, por escrúpulo de investigador minucioso, en un especialista formidable de la historia del pensar ajeno. Sucedió de modo diferente. Todo su formidable saber quedaba alimentando la planta, recién emergida, de su convicción personal... Y sólo la muerte nos privó de una totalidad de aportación que hubiese sido una de las grandes y bellas contribuciones de nuestro pueblo al pensamiento humano y al hallazgo de salidas en la noche...

V

Permitidme que os pida un pequeño esfuerzo de atención. Vamos llegando por meandros y repeticiones a lo que en José Manzana creemos que fue uno de los puntos claves de partida.

José Manzana se encuentra con el dato doloroso de que es un hombre menestero, buceador ante la niebla, entrampado entre brazos de presión y desconcierto.

Ante tal hecho quiere abrir una primera puerta de luz, buscando el camino por el que el hombre salga de su noche, se clarifique, poseyéndose a sí mismo en todas las dimensiones posibles de su existir real. O lo que es lo mismo: se intenta que el hombre desvele ante sí la verdad de su ser-hombre y tome posesión de esta realidad, percibida por mi yo y demostrada en su independencia tras la reflexión distanciadora que establezco en el teatro de mi propio yo.

Aparezco así como el independiente que se autopoese y que por ello mismo implica el valor del hombre como algo definitivo y absoluto por sí mismo.

En palabras quizá menos lejanas: el hombre se muestra así ante sí mismo en libertad radical, sin condicionamientos últimos y no configurado por realidades inmediatas de ningún tipo. Incluso, según repetía una y otra vez, esa mismidad humana de mi yo (él diría «yoidad», y es que la terrible indigencia de términos filosóficos en castellano se muestra, a veces, irritante y siempre demasiado patente), no se constituye por el cuerpo ni tampoco por determinadas facultades como el entendimiento o la voluntad... Para él estas cosas son momentos diferenciativos, modos ingresivos, pero no son constituyentes del ser hombre...

Es que esta mismidad personal no puede quedar objetivada en nada. Ni podemos circunscribirla a una descripción o aherrojarla en los límites de una definición muerta. De ella sabemos cuando la actualizamos en una auténtica proclamación percibida y justificada como un YO.

Este punto, en el que él recalaba incesantemente y que procuraba esclarecer una y otra vez, torturando la mente, espejeando metáforas y tratando de conducir el idioma a una significación transparente, lo llevaba inevitablemente a unas conclusiones de postura.

Ya lo hemos repetido: el hombre así aparecía superior a cualquier intento de objetivación. Por nada ni por nadie podría quedar roto, —deshilado, con la humanización maltrecha—, por el intento absolutamente malo de querer dominarlo, reduciéndolo a pura cosa o a elemento inferior o dependiente de algo o de alguien. (Este asunto se traducía en frases y en posturas propias, que fueron a menudo muy mal entendidas. Su imagen llegó a ser de algún modo sorprendente, modelo de perversión contra órdenes establecidos o contra formulaciones de seguridad probada...). Era evidente: el hombre, comienzo absoluto, no puede quedar atrapado como cimiento de nada y nada justifica convertirlo en interés utilitario o en sumisión de alguien. (Recuerdo cómo una vez, desde esta perspectiva me hablaba de «El príncipe» de Maquiavelo, como uno de los libros incondicionalmente malos... Y tristemente subrayaba que Maquiavelo había tomado por modelos de «príncipe» sin principios a Fernando de Aragón y a César Borgia... En ese libro pació sus delirios Napoleón...) Antes señalé cómo, en la contemplación de los abusos hacia el hombre, la ira de Manzana solía convertirse en terrible tempestad de angustia. El hombre se erigía ante él como un Dios (y luego veremos hasta qué grado ésta afirmación no parece exagerada). Nada era, repetía, superior a él en su comienzo absoluto. Y tanto en la circunstancia histórica de este estado, como en el recuerdo «de lo alemán» o de otras situaciones intratables de la alta política de naciones o de partidos... entreveía al hombre dirigido, usurpado, acosado, indigente, víctima y aun verdugo... Y tal es-

cándalo por el hombre así engañado se convertía sus ojos en sal ácida. Creo que muchos llegamos a escuchar el terrible alarido de su alma ante el hecho de unas muertes dadas desde una legalidad implacable, justiciera y repugnante en un seco setiembre de sangre del 75: era el hombre desalojado de su puesto de ser como autoposeído en la propia autoafirmación del yo reflexivamente desvelado...

Pero José Manzana no queda anclado en esta contemplación engallada sobre el hombre. Paladea, por supuesto, la grandeza humana y su estallante independencia radical. Pero sigue interrogándose agónicamente y pretende buscar la respuesta entera acerca del hombre desde Dios.

...Yo recuerdo, —seguramente lo recordamos muchos—, el escrúpulo que padecía al plantear esta cuestión. No quería precipitar juicios. Y trataba de afrontar el tema con formidable seriedad. Por ello, tras su ardua especulación sobre la «enseidad» y la «espiritualidad del hombre» (sobre esto aquí no diremos más) bucea en el problema del ateísmo. Pocos han descrito con trazos tan claros el rostro del ateísmo actual. No trameó con los argumentos de los negadores de Dios. El ateísmo contemporáneo es un tema que le afecta y al que quiere entender en sus perfiles exactos. El comprende, y son palabras suyas, que «el ateísmo contemporáneo se mueve entre el extremo de una estricta negación de la realidad de Dios y el «no contar» con Dios a la hora de configurar la vida humana».

Pero lo más característico, tal vez, del ateísmo actual es su positiva afirmación de que la vida e historia del hombre, —y vuelvo a citarle literalmente—, «están de tal modo cerradas y conclusas en sí mismas que no hay en ellas ni referencias ni signos de una trascendencia divina».

No tuerce el gesto ante tal situación, que analiza apasionadamente y con respeto infinito. Tampoco exagera con artificioso escándalo el problema.

Más bien ha comprendido que tal ateísmo implica una ambición: constituirse en saber auténtico sobre el hombre. Y desde este conocimiento, así limitado, establecer la configuración de la vida humana.

Y, sin embargo, él va a construir una respuesta fresca, rezumante y llena de pasión, aun cuando paradójicamente, discurra siempre por cauces de aguda reflexión en paz. No vuelve, por supuesto, a un planteamiento dialéctico, al uso de las viejas teodiceas o de las combativas apologéticas. (Tienta la palabra el recuerdo de algunos hechos que muestran cómo el desprecio que él tenía hacia un tipo de demostraciones ya muertas... no le impedía guardar respeto a quienes en ellas se refugiaban con delectación segura). Todo lo que acerca de esto piensa lo expone en sus volanderos apuntes de antropología filosófica, que andan por ahí en ediciones

escolares, reinterpretados mil veces y que habrán de ser definitivamente estudiados para una edición crítica. Por ello, con absoluta brevedad, —¡no temáis!—, aunque me duela, podríamos rastrear el ímpetu de su reflexión en este punto a través de un escrito clarificador, que casi con gigantismo alemán titula: «De la sobriedad empírica a la razón práctica. Presencia y presencionalización de Dios en la existencia humana».

El punto clave lo establece Manzana con formidable contundencia: ¿Está la existencia humana totalmente cerrada en sí misma o se actualizan en ella referencias o signos de una trascendencia cualificable de Dios?

El «yo», particularmente afirmado y encontrado como independencia maravillosa, se halla con el hecho sorprendente del «otro», del tú no proyectado desde mi yo, sino afirmado ahí fuera, como individuo y por sí mismo. Un otro yo en definitiva, igualmente independiente y que se afirma absolutamente digno por sí mismo como auténtico tú.

Esta absolutéz (¡perdón!, aunque será mejor el barbarismo «absolutéz» que la barbarie «absolutista») resbala ante los ojos del hombre. No es el proyecto de Heidegger ni los ojos acusadores que me objetivan desde la mirada acusadora como en Sartre. El otro en Heidegger corre el peligro de convertirse en cosa, al quedar sutilmente objetivado, como un astro que gira incesantemente en la órbita dominada por mi proyecto. En Sartre, hasta cierto punto más terriblemente, el otro se convierte viscosamente en infierno insoportable y en acusación venenosa, que he de seguir tragando en lucha titánica de enfrentamiento, mientras me voy pudriendo en la absurdidad de una existencia dormida, sin esperanza.

Para Manzana la afirmación del otro se remansa en su mismidad concreta e individual. En el hombre de carne y hueso, que siente, sueña, vive y muere dentro de su apellido, de su intrahistoria, como quería Unamuno. Y esta afirmación del otro se absolutiza en un doble sentido: como algo que absolutamente debe ser e independientemente de toda circunstancialidad o excepción.

No podemos pararnos más tiempo en la fantástica violencia de estos asertos. Pero sí me parece que se para el aliento ante la afirmación subsiguiente: porque la «única condición de posibilidad de la presencia de todo otro ante mí como valor absoluto es su afirmación por el mismo absoluto».

Y es por ahí por donde rastrea la razón de Dios, que se me revela presente en el rostro humano.

Todo así se pone en orden, cuando el enmarañado «puzzle» de los principios se articulan y muestran su razón clarificadora con la pieza contigua al todo... Quizá,

como Pepe postulaba, para alcanzar este lado vertiginoso del saber ha de limpiar el filósofo su corazón y dejar que el cerebro camine con libertad, sin prejuicios... También aquí podría repetir lo que ya había afirmado a propósito de la actualización personal del bien y del mal absolutos: «Quien no ha llegado a ello no podrá, al menos por esta vía, abrirse a la realidad de Dios, su corazón no verá a Dios»... Pensemos un instante: es el corazón el que ha de ver, y es allí donde se esclarece el modo de entender humano, desde el corazón que totaliza el modo radical de entender en paladeo de comprensión total la irrupción de Dios, desvelado en el rostro humano.

VI

Con pena por mi parte, —con alivio por la vuestra—, tengo que terminar. He tratado de ofrecerlos, sin traicionarlo demasiado, un trozo del pensamiento de José Manzana, si es que el pensamiento, ni aun como juego de elaboración, puede cuartearse.

Ciertamente no hemos podido presentar la historia de la reflexión de Manzana en su progresión temporal y amfíca.

Más bien hemos parado un momento en el balcón de un paisaje: para atisbar el mundo de asombrado deslumbramiento que le lleva con pasión al hombre, como yo sujeto, abierto con clamor necesitado al otro, a ese tú comprometidamente existente, incitadoramente vivo y esencialmente sentado en igualdad de diálogo ascendente en la pluralidad humana.

Hemos entrevisto la grandeza sin fisuras del hombre absolutamente iniciador, porque es principio de arranque sin depender en su ser fáctico de nada, al aparecer como radical autoposición en la inefable aprehensión de su conciencia...

Hemos, por fin, procurado rastrear ese rostro trascendente del Absoluto Dios en el rostro hermano que se me entrega con su pupila de amor y de donación afectuosa.

Renuncio a proseguir con el problema inmediato, muy pensado por Manzana, ante la «tranquilizadora» respuesta de la ciencia actual... Sería adentrarnos por una larga conversación, que no cabe en el esquema de esta reunión... He cumplido mi propósito; corriendo el riesgo de hablar con palabras arcanas de conceptos lejanos. Pero quería, necesitaba, que el nombre de un amigo del alma sonase como una esperanza nueva entre nosotros. Y, desde luego, no por amigo sólo, sino por la importancia de su imagen y la honda enseñanza de su palabra.

Afortunadamente se ha publicado, precisamente en estos días, una selección de sus escritos. A ellos os encomiendo con urgencia y gusto. Además, sigue vivo su magisterio entre los que le oímos tantas veces con unción y con los ojos del espíritu amanecidos de asombro.

Espero que todo ello nos valga en esta noche, no para recibir una lección mía que no puedo impartir con derecho alguno, sino para volver a creer con unción en nuestro pueblo, que sigue produciendo voces de profeta, como la de José Manzana, clavadas en las más largas alturas de vuelo. Y para entender con palabra nuestra una doctrina de infinito respeto al hombre y a su constitutiva libertad, cuando zigzaguean por la tibia hospitalidad de nuestros cielos y de nuestra sangre acusaciones directas, interpretaciones torvas y realidades terribles...

Ahora, —cuando tal vez—, y en el deseo se ahondan los significados de gran relieve, estamos recreando una convivencia plural en una cercanía gozosa de historia, estas ideas de Manzana pueden servir de contenidos amplios para la conciencia social y de fuente de principios para una conducta ética.

No sería poco.

Y en todo caso por aquí se conduce el aire nuevo del recuerdo y del homenaje a un gran hombre, amigo de sus amigos, abrazo abierto al hombre, inmerso en su pueblo, que se despidió en el monte donde la realidad se hace sueño y el sueño se vacía en la verdad de la belleza.